

DISCURSO DE CONTESTACIÓN EN EL ACTO DE RECEPCIÓN DE DON JESÚS M^a MORATA PÉREZ COMO ACADÉMICO.

Ilustrísimos académicos, amigos y amigas, asistentes al acto:

Hoy me cumple dar voz en esta ceremonia de singular trascendencia y especial emotividad para mí, a una *laudatio* que obligadamente ha de sustanciarse en brevísimo apuntamiento de trazos. Porque el perfil indisociable de las muchas virtudes públicas y personales que adornan al nuevo académico y de su incansable y magistral labor filológica exigiría un más que largo y pormenorizado discurso. Me unen a Jesús Morata una entrañable amistad y un fraternal compañerismo desde los lejanos tiempos en que nos conocimos en Granada cursando Filología Románica. En todos esos años ni el ejercicio de la política (de la buena política, al servicio siempre de la polis y de sus ciudadanos) torció jamás el fiel de su balanza ni el voluntario abandono de la misma supuso otra cosa que la entrega con redoblado entusiasmo a su vocación esencial: la lectura infatigable y deleitosa de la poesía del Siglo de Oro. Puedo asegurar que desde entonces y hasta hoy nunca me han faltado su caluroso aliento, su franco consejo, ni su apoyo incondicional, y que esa comunicación ha estado trabada en todo momento a otras calidades de su persona: el sobresaliente ingenio, la capacidad inagotable de su salaz ironía, la entre ática y barroca segunda naturaleza que discurre por el *delectare ex prodesse*. Una faceta y otra se espejan y multiplican desde sus raíces mismas: la honestidad, la capacidad para el trabajo, la ausencia de vanagloria, el respeto escrupuloso a la verdad. Y desde todas ellas eleva su tronco un árbol fecundo en frutos, cuya marca no es otra, como en la *subscriptio* de los emblemas, que la defensa del patrimonio colectivo, el servicio de quien quiere facilitar el acceso a algunos tesoros mayores o menores, pero siempre singularmente exquisitos, de la poesía del Siglo de Oro, con particular énfasis en los líricos andaluces de Antequera, Granada y Sevilla.

Desde los años granadinos Jesús Morata era ya un avezado conocedor de los clásicos griegos y latinos, con conocimiento perfecto de lenguas, un filólogo en ciernes nutrido de saberes precisos y contundentes, especialmente de historia de la lengua española, y un lector infatigable de nuestra poesía del Siglo de Oro, que manejaba como nadie los versos de Góngora al que podía rehacer en jugosos poemas burlescos o recitar de memoria sus poemas mayores. A partir de su licenciatura y del ejercicio de la docencia en la cátedra de lengua y literatura de bachillerato, el nuevo académico siguió profundizando y adiestrándose en los diversos saberes que precisa un filólogo y que él ha sintetizado a propósito de lo que llama con acierto expresivo una *lectura asistida*: "La base mínima imprescindible para afrontar una creación artística de nuestros clásicos exige [...] buenos conocimientos de historia, geografía, mitología grecolatina, historia sagrada, liturgia católica, iconografía, biblia y latín". Por centrarnos en un solo aspecto, el del conocimiento del latín, puede asegurarse que muy pocos estudiosos de la literatura española reúnen la destreza y el profundo conocimiento de la lengua del Lacio que Jesús Morata ha venido mostrando en cada momento. Recordaría simplemente sus jugosos recitados de Horacio o la traducción magistral que ha realizado del *Panegírico* de Juan de Aguilar, mostrando al mismo tiempo, un donoso escrutinio, el "desconocimiento

profundo, se diría que abisal, de la lengua latina" que habían ejercitado los anteriores traductores. Un magistral ejercicio de propedéutica de cómo no puede ni se debe traducir un poema latino convirtiendo su texto en "un completo galimatías".

He querido sintetizar y potenciar expresivamente el ramillete de criterios que comparto con Jesús Morata a la hora de leer y editar a los poetas del Siglo de Oro con un pequeño homenaje lírico:

Al rescate de los clásicos perdidos

Por su nítida luz el rastro admira
de la lengua feraz, la que represa
al sentido sus pliegues, y lo expresa
en musical acento; con la mira

en el exacto artejo donde vira
una pausa o un ritmo, es la empresa
del filólogo hacer que surja ilesa
y prístina la letra: la mentira

de las malas lecciones desveladas,
el placer de la tersa arquitectura
en la estrofa, el poema, en cada verso,

anclar a cancioneros reveladas
para el lector las claves, la sutura
de un mundo ya perdido al universo.

En el plano personal querría remarcar cómo he sido espectador privilegiado, y me honro también con haber impulsado algún movimiento inicial, de su camino de disfrute filológico. Con Jesús me he divertido a carcajadas de las obtusas lecturas que corren de nuestros clásicos, de la pésima puntuación o de la incapacidad métrica y musical de sus editores (al fin y al cabo, el oído para la poesía o se tiene o no se tiene). Asimismo he gozado de sus hallazgos, de ese complaciente paladeo de los versos en las lecturas telefónicas compartidas (Pedro de Quirós, Juan de Arjona y Jáuregui, en particular). En un momento determinado yo encaminé su atención al foco antequerano en una sintética y excelente tesis doctoral sobre Luis Martín de la Plaza. Y recuerdo cómo por fortuna con la preparación rápida de una edición sobre el poeta pudimos evitar el desastre de otra anunciada incompletísima y que calcaba los textos editados hace ya más de un siglo. Jesús ha formado parte de todas mis empresas filológicas de investigación, ha sido asistente a los congresos organizados sobre el grupo antequerano o las *Flores de poetas ilustres*, se ha integrado como investigador desde GELSO a PROPASO, desde RECANORO a RECALEXX. Pero para mí adquieren especial simbolismo dos momentos señeros en nuestra relación académica y estudiosa. El primero cuando conspiramos en el mejor de los sentidos a fin de que se hiciese posible en una magna colección de clásicos,

patrocinada por la Real Academia Española, la aparición del más importante de los códices gongorinos: el manuscrito Chacón. El segundo cuando para verificar *in situ* una serie de detalles del manuscrito de *La Tebaida* de Juan de Arjona terminada por Gregorio Morillo nos desplazamos a una biblioteca de Cataluña que actualmente lo posee entre sus fondos. En fin, siempre pendientes, y siempre al servicio de nuestros clásicos.

La labor editorial que con los clásicos del Siglo de Oro ha llevado a buen puerto Jesús Morata es digna de todo encomio por su volumen y por su calidad. A ella se le podría aplicar el verso gongorino: "Muda la admiración habla callando". Todo empezó con una página en internet (www.antequerano-granadinos.com), y se ha desbordado en inigualable cortejo de publicaciones a través de la Red, utilizando la plataforma de Amazon que hace también materialmente posible la impresión en volúmenes de hermosa y sólida factura. Nuestro académico ha puesto en circulación la labor de tantos y tantos años al pie de la letra en dos colecciones que se rotulan *Parnaso áureo* y *Aurea Miscellanea*. Su apostolado conjunto consta de doce volúmenes espléndidos que desde el punto de vista cuantitativo suponen el control filológico (transcripción, intelección, puntuación...) de más de cuatro mil páginas de textos poéticos. Esta cuantificación sería absurda si no viniese acompañada de su cualidad suprema: son páginas controladas filológicamente, esto es resueltas en su inteligibilidad material, fielmente interpretadas en su literalidad (con confesión expresa de los lugares oscuros, de las dificultades insalvables o de las lagunas del texto, muchas no detectables sino a través de la métrica) y abiertas siempre a mejoras futuras, a afinados desciframientos, a intelecciones de nuevo cuño. Todo ello pensado, con insistencia y magnanimidad, en ese lector tantas veces desamparado de las ediciones de clásicos ante el que se facilita "el acceso a un rico manantial de poesía escondida e injustamente olvidada", al que se capta con la posibilidad de conocer mejor un "precioso legado", al que incluso se pide perdón, en singular *excusatio humilitas* porque cuando se quiere traducir con ajuste y fidelidad "tanto al espíritu como a la literalidad del texto, obviamente el empeño no puede igualar al deseo". Para el "lector de hoy" Jesús Morata ha preparado en ediciones insustituibles las poesías completas de Luis Martín de la Plaza y de Agustín de Tejada Páez, una nueva edición de las *Flores de poetas ilustres* ("atenta, sobre todo, a la transcripción y a la puntuación"), la primera edición con transcripción directa del manuscrito de *Flores de poetas* de Juan Antonio Calderón (1611), la primera reedición de las *Rimas varias* de Gerónimo de Porras (1639), o el ya citado *Panegírico* del docto ruteño Juan de Aguilar. Con todo ello se puede leer ya de forma conjunta y pormenorizada la lírica de Antequera en la etapa más brillante de su historia, cuando esta ciudad fue, en apelativo que compartimos él y yo, una Florencia andaluza. Esa lectura y valoración nos conduce, también en juicio compartido, a redefinir el código de estimativas sobre ese deslumbrante continente lírico: su príncipe ático, Luís Martín de la Plaza, la síntesis perfecta del gongorismo exuberante de la tradición clásica de Agustín de Tejada Páez, el "gusto por la alternancia entre lo serio y lo jocoso, y una perfección formal fuera de lo común, de Gerónimo de Porras". Fuera del círculo de Antequera, pero lindero al mismo se encuentra Granada. Con *Poética silva. Un manuscrito granadino de poesía manierista* vino a satisfacerse "una deuda de gratitud" transcribiendo, con microscópico escalpelo, un texto donde aparece parcialmente la famosa academia poética del último tercio del siglo XVI. A Granada y de nuevo a Antequera han sido encomendadas las hasta ahora tres publicaciones de la serie menor:

con el título *La inquisición en verso* se publica el romance de Juan de la Puerta Castellanos sobre un auto de fe de 1672; con el de *Literatura festiva en la Granada barroca*, cuatro testimonios de las fiestas dedicadas al nacimiento del príncipe Felipe Próspero (1657); con *Mitología burlesca en la poesía antequerana del Siglo de Oro* una fábula de Faetón anónima y la de Troco y Salmacis de Gerónimo de Porras. Además en estos dos años admirables de 2013 y 2014 han visto la luz otros dos textos esenciales para el conocimiento de la lírica sevillana: la publicación por vez primera del manuscrito 8994 de la BN, las *Rimas de Doripso de Quer* (anagrama de Pedro de Quirós, una "obra poética de refinada calidad"), y sobre todo la transcripción del manuscrito 3707 de la misma BN: *La Farsalia de Juan de Jáuregui*. Detengámonos un momento para mostrar nuestro asombro: 1825 octavas (esto es 4600 versos) donde el otrora encarnizado censor de las *Soledades* estuvo preparando hasta cerca de su muerte el que a todas luces resulta ser el supremo poema épico de nuestro Siglo de Oro. Por una vez un censor de la época demuestra su extraordinaria sensibilidad al anotar que las estancias son "todas diamantes al tope, sea cada una escrita como única y se encumbra no solo a los extremos que hasta hoy se alcanzaron sino a los que nunca se presumieron". Un poema que resplandece con su esplendor verbal y su extraordinaria reinvención en el Barroco español y que no había merecido ni la más mínima atención por parte de los estudiosos de la época o los especialistas en Jáuregui.

Detrás de la obra está el hombre, el camino recto hacia el acto de hoy quedaba marcado desde el inicio por esas muchas cualidades que resaltan en el día a día cuando se tiene el privilegio de conducir una comunicación amigable con Jesús Morata. Quien lo conoce nunca puede olvidar su bonhomía enmascarada en ocasiones de acidez y burla, sus francos silencios para escuchar al otro, su capacidad para distender cualquier problema haciendo que el buen humor, el paladeo de los versos que sabe recitar como nadie o el canto de fragmentos de ópera o de letras de coplas, vengán con ajustada taracea a proclamar sin decirlo la calma o el disfrute de los tiempos en amistad. He aquí para terminar mi homenaje en este otro soneto:

Retrato desde la amicitia

Pronta la inteligencia, el verbo atento
(que moldea el discurso con la llama
del compromiso personal) proclama
cuánto de vida cabe en un momento

de amistad sin fronteras. Fluye lento
y adensado el saber, pero se inflama
de pronto entre los versos o en la trama
de la copla levanta su concento.

El lirismo que ensaya la garganta
da nuevo paso al texto, a la apostilla
con cartesiano encarte, a la memoria

de los estudios viejos. Cómo encanta
tanto ocio fecundo en el que brilla
inalterable el pulso de la Historia.

He dicho.